

tad. Afirmó que el ejército no separaba, en su adhesión á la patria, á la Asamblea del rey. Elogiaba sobre todo á los jefes de las tropas. Nombró para mandar el ejército del Norte á Rochambeau, á Berthier para Metz, á Biron para Lille, y á Luckner y Lafayette para el Rhin. Habló de los planes de campaña concertados entre estos generales, según orden que para ello habían recibido del rey. Enumeró los guardias nacionales que estaban dispuestos á formar la segunda línea del ejército activo, y solicitó que se les armase inmediatamente. Pintó á aquellos voluntarios como hombres que daban al ejército el carácter más imponente, á saber: el de la fuerza y el de la voluntad nacional. Respondió de los oficiales que habían prestado juramento á la Constitución, y trató de vindicar á los que no habían querido hacerlo de la nota de traidores, y animó á la Asamblea á no desconfiar en los dudosos. «La desconfianza—dijo—es en estos tiempos borrascosos el más natural, pero también el más peligroso de los sentimientos. La confianza compromete. Le importa mucho á un pueblo manifestar que no puede tener sino amigos.» Después de esto, dió cuenta de las fuerzas que tenía la nación, que consistían en ciento diez mil infantes y veinte mil caballos, todos dispuestos á entrar en campaña inmediatamente.

Este informe, apoyado por Brissot en su periódico, alabado y aplaudido por los girondinos en la Asamblea, no dejó ya ningún pretexto á los que querían diferir la lucha. Francia conocía sus fuerzas en el exceso de su ira, y nada podía ya contenerla. La impopularidad del rey iba en aumento, y su indecisión irritaba cada día más los ánimos. Dos veces había detenido ya con el *veto* los efectos de las enérgicas medidas decretadas por la Asamblea. Las dos cosas sobre que había recaído aquél eran el decreto contra los emigrados y el que conminaba á los sacerdotes no juramentados. Estos dos *vetos*, de los que el uno le era inspirado por su honor y el otro por su conciencia, eran dos armas terribles que la Constitución había puesto en su mano, y de las cuales no le era posible usar sin herirse. Los girondinos se vengaban de su resistencia imponiéndole la guerra contra sus hermanos los príncipes y contra el emperador, á quien suponían cómplice suyo.

### III

Los libelistas y los periodistas jacobinos presentaban continuamente al pueblo los dos *vetos* como otras tantas traiciones. Los tumultos de la Vendée se achacaban á complicidad secreta entre el rey y un clero rebelde. En vano el departamento de Paris, compuesto de hombres que respetaban las conciencias, tales como Mr. de Talleyrand, Mr. de Larochehoucauld y Mr. de Beaumetz, presentó al rey una petición en la cual los verdaderos principios de libertad protestaban contra lo arbitrario de la inquisición revolucionaria de una multitud de contrapeticiones que llegaban de todos los departamentos.

Mucho tiempo hacía que el estado del reino estaba en armonía con el de Paris. En los departamentos no se veía otra cosa que alborotos, disturbios, denuncias y motines. Todos los correos traían noticias de nuevos escándalos, de nuevas peticiones sediciosas, de nuevos motines y de nuevos asesinatos. Los clubs establecían otros tantos centros de resistencia á la Constitución cuantos cantones había en el imperio. La guerra civil que se preparaba en la Vendée se abrió por los asesinatos de Aviñon.

Esta ciudad y el condado, reunidos á Francia por el último decreto de la Asamblea constituyente, habían quedado desde aquella época en un estado el más favorable á la anarquía. Los partidarios del gobierno papal y los de la reunión á Francia luchaban allí en una alternativa de esperanza y de temor, que prolongaba y envenenaba cada día más los odios que recíprocamente se tenían. El rey, por un escrúpulo religioso, había suspendido por largo tiempo la ejecución del decreto de reunión. Temeroso de usurpar á la Iglesia sus dominios, tardaba en decidirse, y estas dilaciones impolíticas daban lugar á los crímenes.

Francia estaba representada en Aviñon por unos mediadores. La autoridad provisional de éstos estaba apoyada por un destacamento de tropas de línea. El poder reposaba en la dictadura de la municipalidad. La población, agitada y apasionada, se dividía en dos partidos, el uno francés ó revolucionario, el otro opuesto á la reunión á Francia y á la revolución. El fanatismo religioso de uno de estos partidos, y el entusiasmo exagerado del otro por la libertad, les inducían á cometer los mismos crímenes. El ardor de la sangre, la sed de venganza particular y el fuego del clima avivaban más las pasiones civiles de todos. Las violencias de las repúblicas italianas debían volverse á reproducir en las costumbres de esta colonia italiana, de esta sucursal de Roma situada á orillas del Ródano. Cuanto más pequeños son los Estados, tanto más atroces son en ellos las guerras civiles. Las opiniones encontradas se convierten en odios personales; las batallas allí no son sino asesinatos. Aviñon preludiaba ya los que iba á cometer en masa empezando por alguno que otro parcial.

El 16 de Octubre empezó á notarse una agitación sorda y á formarse multitud de grupos compuestos en su mayoría de gentes del pueblo enemigas de la revolución. Las paredes de las iglesias se hallaron desde muy temprano cubiertas de pasquines incitando al pueblo á sublevarse contra la autoridad provisional del ayuntamiento. Contábase una porción de milagros ridículos con los que se trataba de persuadir al vulgo ignorante que el cielo reclamaba pronta venganza de los atentados cometidos contra la religión. Uno de los que corrían más acreditados era que una imagen de la Virgen, por la que el pueblo tenía gran veneración y que estaba en la iglesia de los Franciscanos, se había puesto encarnada al ver las profanaciones de su templo y había derramado lágrimas de dolor y de indignación. Criado el pueblo en estas supersticiones bajo el gobierno papal, se había dirigido en masa á los Franciscanos para vengar la causa de su Soberana Patrona. Animado por las exhortaciones de los fanáticos y confiado en la intervención divina, el tropel salió de los Franciscanos, y aumentándose por instantes, marchó desde allí á las murallas, volvió los cañones hácia la ciudad y se diseminó por las calles pidiendo la caída del gobierno. El desgraciado Lescuyer, notario de Aviñon y secretario del ayuntamiento, fué designado particularmente al furor de aquellas hordas, que arrancándole violentamente de su casa, le llevaron arrastrando desde ella hasta el altar de los Franciscanos, donde le sacrificaron á palos y á sablazos, dejándole como víctima expiatoria á los pies de la imagen ofendida. La guardia nacional y un destacamento que salió del fuerte con dos piezas de artillería, dispersaron el pueblo y recogieron el cadáver de Lescuyer. Pero las cárceles de la ciudad habían sido forzadas, y los malvados que estaban en ellas se unieron á los amotinados, dispuestos á secundarlos en sus asesinatos. Eran de temer unas horribles represalias, y sin

embargo, los mediadores, ausentes de la ciudad, se dormían en medio del peligro, ó hacían como que no lo veían. Es indudable que había inteligencias secretas entre los agitadores de los clubs de París y los revolucionarios de Aviñón.

Uno de esos hombres hienas que parece que olfatean la sangre y que presagian el crimen llegaba entónces á Aviñón procedente de Versalles. Llamábase este hombre Jourdan, pero debe cuidarse de no confundirle con otro revolucionario del mismo nombre hijo de Aviñón. El que nos ocupa había nacido en aquellas áridas y calcinadas montañas del Mediodía, en donde hasta los mismos animales son más feroces que en otras partes. Este hombre había sido alternativamente carnicero, herrador, contrabandista en las gargantas que separan á Saboya de Francia, soldado, desertor, mozo de caballos, y finalmente tabernero en un arrabal de París, y en estos oficios y ocupaciones había adquirido todos los vicios de la más hedionda hez del populacho. Los primeros asesinatos cometidos por el pueblo en las calles de París habían puesto de manifiesto que la verdadera pasión de este hombre era la del asesinato. Después de cometido éste y para hacerle todavía más deshonesto, se presentaba en el sitio de la carnicería á despedazar las víctimas, de lo cual se vanagloriaba. Este monstruo puede decirse que era un verdadero carnicero de hombres. El era el que había introducido sus manos en el pecho y arrancado de allí los corazones de Mrs. Foulon y Berthier; el que había cortado las cabezas á los dos guardias de corps Varicourt y Huttes, el 6 de Octubre en Versalles; el que había vuelto á París con ellas puestas en una pica, y el que echaba en cara al pueblo que se hubiese contentado con tan poco, y que le hubiese hecho venir para no cortar más que dos cabezas. Este malvado contaba poder saciar mejor su sed de sangre en Aviñón, y por eso se trasladó allí.

Había en dicha ciudad un cuerpo de voluntarios conocido bajo el nombre de ejército de Vaucluse, formado de la hez de aquellas comarcas y mandado por un tal Patrix. Asesinado éste por sus soldados, cuyos excesos quería moderar, Jourdan fué nombrado para reemplazarle por derecho de sedición y de maldad. Aquellos mal llamados soldados, á quienes se echaba en cara sus atropellos y asesinatos, semejantes á los *pillos* de Bélgica y á los *sans-culottes* de París, tenían el insulto á gloria, y ellos mismos se titulaban los valientes bandidos de Aviñón. Colocado Jourdan á la cabeza de aquella canalla, asoló é incendió el condado, sitió á Carpentras, y finalmente fué rechazado con pérdida de quinientos hombres, replegándose á Aviñón, que aún estaba preocupado y estremecido con el recuerdo del asesinato de Lescuyer. Jourdan se presentó entónces á ofrecer su brazo y el de sus soldados á la venganza del partido francés. En la jornada del 30 de Agosto, Jourdan y sus soldados cerraron las puertas de la ciudad, se esparcieron por las calles, rodearon las casas de los que eran señalados como enemigos de la revolución, y arrancaron de ellas á la fuerza, sin distinción de sexo ni edad, á cuantos las habitaban, encerrándolos en seguida en palacio. Llegada la noche, los asesinos derriban las puertas y sacrifican á aquellas víctimas desarmadas y suplicantes, sirviéndose de barras de hierro para llevar á cabo esta atrocidad. En vano aquella multitud de hombres, de mujeres y de niños reclama auxilio dando horribles y lamentables gritos. La ciudad oye el ruido de la matanza, pero no se atreve á dar socorro á sus hermanos, porque el mismo horror del crimen hiela la sangre en las venas de todos los ciudadanos. Los asesinos preludian la muerte de las mujeres por medio

de irrisiones y de indecencias que la hacen más horrorosa, y el asesinato de estas infelices empieza por martirizar su pudor. La risa, las lágrimas, el vicio, la sangre, la lujuria y la muerte se confunden en aquella horrorosa escena. Cuando no queda nada que matar, se mutilan los cadáveres y se barre la sangre en los patios para hacerla salir por las letrinas de palacio. Los restos mutilados se llevan al pozo de la nieve, se tapia éste, y así se pone en él el sello de la venganza popular. Jourdan y sus satélites ofrecen el homenaje de esta noche á los mediadores franceses y á la Asamblea nacional. Los malvados de París admiran y encomian el hecho de aquellos caribes. La Asamblea se estremece de indignación, recibe aquel crimen como un ultraje, y el presidente se desmaya al leer la relación de lo que había pasado en la funesta noche de Aviñón. Decrétese en seguida la prisión de Jourdan y de sus cómplices, pero aquél logra evadirse. Perseguido por los franceses, se mete á escape en el río Sorgue. Un soldado lanza su caballo tras él, le alcanza en mitad del río, se echa el fusil á la cara para concluir con él, pero no sale el tiro. Sin embargo, se logra cogerle, se le ata inmediatamente, y el suplicio le aguarda. Entónces los jacobinos imponen á los girondinos la amnistía de los asesinatos de Aviñón. Jourdan, seguro de la impunidad y enorgullecido de su crimen, vuelve á comparecer allí para sacrificar á los que le habían denunciado.

La Asamblea se estremece por un momento á la vista de aquella sangre, pero después se apresura á volver la cabeza á otro lado por no verla. La impaciencia que tenía por reinar sola no le daba lugar para tener compasión. Había, por otra parte, entre los girondinos y los jacobinos una emulación y una rivalidad por colocarse á la cabeza de la revolución, que hacían temer á cada uno de los partidos que el otro se le adelantase y llegase á obtener el mando supremo antes que él. Ni los cadáveres eran ya suficientes para contener el ímpetu de cada uno de estos partidos, y un llanto muy prolongado, por justo que fuese el motivo que lo causaba, hubiera podido pasar por debilidad.

## IV

Las víctimas iban aumentándose cada día y los desastres se sucedían sin interrupción. Parecía que el imperio iba á desplomarse y caer sobre sus moradores. La rica colonia francesa de Santo Domingo nadaba en sangre, y Francia recibió el castigo de su egoísmo. La Asamblea había proclamado la libertad de los negros, pero esto lo había hecho sólo por ser consecuente en sus principios; mas la esclavitud subsistía de hecho, á pesar de haberse abolido de derecho. Más de trescientos mil esclavos hacían el servicio de animales de carga en beneficio de algunos miles de colonos, y estos infelices eran comprados, vueltos á vender y aún á veces mutilados cual si fuesen de una especie distinta de la nuestra. Por especulación estaban fuera de la ley política y religiosa. Nada poseían en propiedad, y les estaba prohibido casarse, privándoles de este modo del goce de ser padres y de verse respetados cuando ménos en el seno de sus familias. Degradándoles del estado de hombres, se conservaba el derecho de tratarlos como brutos. Si favorecido por la codicia de algunos años llegaba á celebrarse uno que otro casamiento entre estos hombres, cuyo único delito es ser de distinto color que nosotros, los hijos que nacían de esta unión venían ya al mundo marcados con el sello de la esclavitud, y pertenecían al dueño de sus desgraciados progenitores, ó á cualquiera que quisiese comprarlos; porque